

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 2 de Noviembre de 1899

Núm. 467



Día de difuntos.



Ensayo de mímica.

Siempre había tenido yo á Bremón por una especie de Carulla en prosa: uno que *jaleaba* los acontecimientos, *ilustrándolos* caprichosamente; un diplomático perdido que no supo escoger á tiempo la carrera; un sábelo todo. Bremón es casi tradicional: ha hablado de los turcos, de los rusos, de los griegos, de los yankees... y de las verduleras. Se le puede perdonar que trate de tú á la Sublime Puerta y que excomulgue á Mac-Kinley. ¡Bremón! ¡Oh, Bremón no es para los españoles Mahoma mismo, pero es comparable á una de las babuchas de Mahoma!

Además, Bremón es una comadre de la Crónica, el genio de la gacetilla ampliada, con gotas, ó sea con *mot de la fin*, con chistes, rabiosamente agudos.

Naturalmente, Bremón dice muchos disparates.

Cree que no se puede mover una rata sin que anote el movimiento en su registro: el que tiene en las columnas monumentales de *La Ilustración Española*, donde figura como piedra angular. No se ha metido con las estrellas, si no es vergonzosamente, porque no se han ideado aun las comunicaciones interplanetarias. Está muy viejo para que le sirva el invento de Tesla. ¡Ah, si en su juventud se hubiese hablado de ondas eléctricas como se hablaba de ondas sonoras! Sabríamos ya como es el tubérculo que ha aplastado las narices del gran Moctezuma que se pasea á estas horas por la ínsula barataria de Saturno.

Quién mucho habla mucho yerra, según el refrán.

Bremón ha enmendado el dicho: «Quién mucho yerra á la postre rectifica.»

Sabía yo, como lo saben otros, que Bremón soltaba sus opiniones... desenfadadamente, *muy penetrado* de su papel; *muy convencido* de que su... *investidura* le obligaba á emitir juicio en todos los asuntos, *ora internacionales, ora interiores... nacionalistas*. Lo que no sabíamos es que poseyera el don de ser ocurrente, chistoso, al encontrarse entre la espada y la pared.

«Bremón habla de los cretenses como si los tuviera dentro de su casa, sentados á su mesa», decían algunos. Y ahora resulta que no habla de los que están aquí, en familia, con tanto aplomo.

En efecto, Bremón, siempre creído de que es revistero, como otros se declaran poetas, habló de Cataluña. Con la precipitación con que se escriben las crónicas en un periódico como el suyo, claro, no tuvo tiempo para consultar el mapa: y se dijo: «Cataluña... Cataluña, miren, pues me suena eso...» Y fué y habló de los catalanes como habla de los canadienses. Se figuró que tenía al alcance de los filos de su pluma una colonia... inglesa.

De lo que habló no quiero acordarme; sobra con la rectificación, la cual rectificación asegura él que es *disculpable* y *hasta graciosa*.

¡Y cómo que lo es! Oído:

«El inglés señor Fiter, uno de los oradores de aquella junta de catalanes, sólo es inglés de segundo apellido, siendo, según nuestro amigo, un conocido industrial de Barcelona, que se llama don José Fiter Inglés, y como da la casualidad de que también es voz inglesa el primer apellido, aunque en inglés se escriba *fitter* con dos tees...»

¿De modo que da la casualidad de que *también* es voz inglesa el primer apellido (Fiter), aunque en inglés se escriba *fitter*? Lo que no da la casualidad es que eso sea castellano, *aunque* esté escrito por un español. Y consiste, sin duda, en que la gramática está reñida con las *casualidades*. El error está en que ha sonado el vocablo en los oídos bremónicos á zumbar de moscarda. La voz inglesa es *fitter*, y á Bremón, que por lo visto no sabe inglés, le ha parecido que también *suena* igual Fiter, que, en efecto no es voz inglesa. Cuando hay una *t* y al lado otra *t*, dice Bremón que hay dos *tees*; de

manera que si hallamos tres consonantes como la citada en un vocablo pondremos que un bárbaro ha escrito tres tees, y si otro repite la *b* cuatro veces, que suelta cuatro *beees*: suprimamos, cometiendo una figura gramatical, que no está á la altura de todos los Bremones, la última *s* y digamos al oirlo: ¡toma, borrego!

Bremón quiere probar que está versado en lenguas, todo, porque al notar el *gracioso y disculpable* equívoco, recurre al diccionario anglo-español, el cual le enseña que «fitter es el individuo que tiene aptitud para dar un título...» Y aquí es donde resulta el epigrama; porque es por donde se confunde la voz inglesa fitter, con el Fiter catalán. El señor Fiter Inglés puede, en efecto, darle un título al señor Bremón. Omito discretamente decir cual.

¿Pero de veras no conocía el señor Bremón (quien ha hablado de Pachá, de Osmán Digna, de Moltke, etc., como si fueran parientes suyos), al señor Fiter Inglés? No lo creo, vaya, no lo creo: ¡un sociólogo, un erudito contemporáneo como Bremón! ¡Cuándo el señor Fiter ha tratado con reconocida competencia cuestiones económicas, de esas cuestiones que interesan á la Patria española, en memorias y discursos y además en castellano, un castellano que envidiaría el propio Bremón! Lo único que me deja perplejo es que Bremón llame á Fiter «un conocido industrial de Barcelona» ¡y Fiter es algo más que un conocido revistero de *La Española y Americana*!

El final de la rectificación parece el trueno gordo en un castillo de fuegos artificiales: «no es extraño que nos chocase la intrusión en asuntos españoles de un señor Fiter, inglés por su nacionalidad y su primer apellido, y nos pareciese insoportable esa intrusión extranjera. Esto es un *quid pro quo*, (nó, hombre, eso no es un *quid pro quo*, eso es una plancha .. académica) casi agradable para el mismo señor Fiter, á quien devolvemos su patria...» ¡Bremón devolviendo la patria á Fiter! ¡Y Fiter sin enterarse de que se la había *irregularizado*, como si lo vies! Declaro por mi cuenta, que estoy sumido en un mar de confusiones. ¿Qué patria es la que le devuelve? ¿La española? ¿La inglesa?

Porque Bremón llama dos veces inglés á Fiter; por el primer apellido y por el segundo. «El señor Fiter sólo es inglés de segundo apellido» ¡Gracioso!; «el señor Fiter, inglés por su *nacionalidad* y su *primer* apellido...» ¡Un lío peor que el de las dos *tees*, diablo!

¡Cualquiera se fía de Bremón cuando habla de los problemas político-económico-matemáticos!

* * *

¡Anda, anda! Clarín afirma que ya quisiera tener la mitad de la gracia que Arniches. Maestro, eso es casi una modestia póstuma, que diría Taboada.

En cuanto me enteré de ese epigrama, verdaderamente sangriento, fuí á ver la representación de *Instantáneas*.

¿Se ha enterado usted de lo que es «Instantáneas», don Leopoldo? Una gracia de Arniches y de Silva, que hace buenas las gracias de Iraizoz en *La luz verde*.

No sé qué tanto de culpa corresponde á Silva y qué tanto al tal Arniches. Digamos que *uno es cómplice del otro*.

Interrumpen la representación varios cómicos de la compañía, y un acomodador. — «Quítese usted el sombrero.» — «No me lo quito.» — «¡Qué se lo quita usted!» — «¡Qué se lo quite esa señora!» — «¡Mal educado! ¡Atrevido!» Una voz (con que no contaban los autores) desde un palco: «*Acomodador: fassim veure á la mare de aquesta senyora que la vuy conéixer.*»

Para que vea Clarín que hay quien gana á Arniches á ser gracioso.

Porque no puede imaginarse Clarín la gracia



¿Qué tal?



Chambelles.

Reutlinger

que tiene una interrupción así en Cataluña, sobre todo si lo que se interrumpe resulta *tan chusco*. Es más estrepitosa y aplastante que una silba.

A Eusebio Blasco le da ahora por enternecerse acordándose de Aragón, de la Pilarica y del *caño sonoro* de la Seo. En verso que suele ser para él algo así como una prosa menor, *más chica*; en artículos, y no de la fe, aunque es mucha y extremadamente cándida la que tiene él en la inmortalidad; en todas partes, habla de sus amores nostálgicos. Blasco, como poeta, no es altruista... ni poeta tampoco. *Todo él* es un panegírico viviente, parlante. Se conoce que Blasco no está seguro de que le descubra la posteridad por sus méritos y quiere dejar bien señalada, sin lugar á dudas, su personalidad. Sí, hombre, sí, tiene usted personalidad... y hasta jurídica y todo.

Hay quien escribe mal los versos, pero Blasco le supera. Se encara con la fuente de la Seo, y le pone verde:

¡Fuente pura, fuente sana, pasadas en torno al caño
recuerdo de alegres siestas, cuyo son la mente sueña!

No se pueden decir más disparates cantando á una fuente, y eso que está sana... ¡que si llega á estar enferma! Cuando era niño Blasco no hacía versos, pero hacía diabluras. Dormía las siestas dando vueltas al caño, y su mente que más adelante había de soñar como sueñan los vates, soñaba entonces extravagancias; *soñaba el son* de un caño... ¿A cómo sonará un caño, señor? ¿A flautín? ¿A hueco?

Lo que hubiera oído Blasco, si no fuera que ya entonces iba para inmortal es el rumor del agua: más abajo tiene como un presentimiento vago, confuso. Se le adivina en lo mal que lo dice:

¡Oh, quien me *diese volverme* cariñosa, oír del agua
niño otra vez, y en candencia la monótona cadencia!

¿Eso que es un *topo*, un *tópico*, una *excentricidad*? ¿La monótona cadencia en cariñosa cadencia del agua? ¿Y ese gusto en jugar asonantes, que no pueden ser más consonantes? De seguro que Blasco censura á los que liman los versos, porque él ni siquiera les pasa el cepillo.

¡Volver á los verdes años de mi infancia aragonesa!

¡Hasta eso! ¡Hasta una infancia aragonesa ha tenido Blasco de plús? ¿Pero así, si la infancia de Aragón ha sido suya, cuántos años cuenta ahora? Ese es el colmo del personalismo, maño!

¡Oh, quien le *viese volverse* á Blasco, para que hiciera arcos con la cuerda! Valdría más verle hacer arcos que no rayas cortas, rediós!

CLAK



En grata soledad.



La Modelo

XI

Le conozco á usted.

Habia Levia recorrido en distintas ocasiones Murcia, «la ciudad dormida», como él la llamaba: y sin saber explicárselo sentía honda tristeza, sensación de disgusto, siempre que penetraba en aquel pueblo «de calles tortuosas, vetustas; de fisonomía grave, hosca, casi lúgubre». Todo era apagado allí, silencioso. Guardaba el recuerdo de una tarde de Mayo, en que el sol ardía como en las siestas más sofocantes de estio: la población parecía abandonada; allá, en el extremo de una calleja, donde los edificios permanecían como sumidos en letargo triste, se entreabrieron las puertas de uno de los balcones; apareció en el marco la figura blanca de una moza hermosísima: la mujer le miró con ojos curiosos, asombrados; regó sus tiestos en que florecían con todo el esplendor rozagante de la primavera matas de albahaca y de claveles y desapareció entornando los vidrios trás sí. Permaneció Jorge breves momentos como entontecido; á poco, apretando el paso, salió á la anchura de la campiña nemorosa, huyendo de las casas soñolientas, buscando la animación y el ruido de la Naturaleza, con sus fuentes que murmuran, con sus plantas y sus árboles y sus frondas en que juguetean las brisas y los céfiros como geniecillos misteriosos y en que cantan las cigarras cuando enmudecen los pájaros.

Pues ahora todo cuanto miraba tenía otro aspecto, otra luz. El Segura llevó á sus oídos el rumor de las aguas despeñándose en saltos juguetones y bulliciosos; las calles le parecieron rejuvenecidas, como si tuvieran sus muros engalanados para la fiesta: vió muchachas risueñas en los balcones, bullicio y muchedumbre en el arroyo; parecióle el repiqueteo de las campanas música alegre, y hasta se le antojó que se habían trasladado á los aleros todos los gorriones de la huerta, para recibirle á él rompiendo en himno triunfal:

—¡Pero esta es otra Murcia! — murmuró.

María Ana le miró sorprendida.

—¿Otra Murcia?

—Sí, no es la ciudad aletargada que yo conozco. Mire usted si hay rarezas en este mundo; me parece que la han cambiado, que le han puesto un traje nuevo; está ahora más bonita; me encanta... ¡Toma! ¡toma! Yo, que sufría aquella murria inexplicable, cada vez que entraba en este laberinto, me siento tentado á perderme para toda la vida en él.

La joven seguía mirándole con gesto maravillado, abriendo mucho los ojos. Jorge prosiguió:

—¿Pero dónde tenía yo el alma para no ver estas hermosuras? ¡Y no digo lo que parecerán las casas por dentro: palacios de hadas: la de usted debe ser portentosa: un rinconcito del cielo...

Esta vez María Ana pareció adivinar; rompió á reír con aquella carcajada ingénua, dulce que tanto había cautivado á Jorge. Dijo:

—¡Ah, vamos! A usted se le ha subido el amor á la cabeza; ¡virgen mía! Si para enamorarse una le ha de dar tan fuerte, prefiero perder el novio. ¡Pues poquito que me voy á reír si sigue usted hablando de esa manera!

No pudo Jorge replicar, porque sacando ella la cabeza por la portezuela del coche que habían tomado al salir del tren, gritó al auriga:

—¡Eh, tú, para ahí!

Vivia María Ana casi al extremo de la ciudad, en una calle silenciosa, donde se veían muchos gatos dormitando descuidadamente al sol, los portalones entreabiertos, y las rejas floridas, con ramaje de trepadoras y con adornos de clavellinas. Desde la terraza se descubría la huerta, el horizonte dilatado, poético... La casa era humilde, pero limpia, resplandeciente; reinaban en aquel ámbito no sé qué deliciosa quietud...



Cnanto se encuentran dos solas
y pueden libres charlar
del hombre que las persigue,
¡qué consejos se darán!

LA SAETA

Al oír el ruido del coche se habían asomado por los huecos de puertas y ventanas varias figuras de mujer, entre ellas la de una cincuentona, hinchada de carnes, llena de mofletes, de rostro vulgarísimo.

—Mira tú, María Rosa — le gritó María Ana. — Entrate todo esto; ¿cómo está madre, bien ¿eh? Yo buena, no hay que decirlo; el viaje así, así...

Y sin hacer caso de lo que iba rezongando la interpelada, echó á correr, por no permitirle su impaciencia otras dilaciones, zaguán adentro, á tiempo que decía á Jorge:

—Sígame.

Levia obedeció. Detrás, en una pieza que miraba al jardín, sentada en el sillón, con el busto casi rígido de puro inmóvil, sin más vida ni ánima que la que descubrían las facciones suaves, dulces, bondadosas, y el brillo de unos ojos inquietos, hallábase una anciana, mujer vencida más que por los años por las tristezas y los amargores del vivir. Tenía la figura agradable, simpática; y los cabellos blancos, albos, sin mezclas grises, finísimos, daban á la fisonomía una majestad imponente.

—¡Mamá! — gritó María Ana, precipitándose en sus brazos, y lo hizo de manera que, inclinada como si tuviese intento de postrarse de hinojos, la estrechó por el pecho, besándola en la boca. Jorge quedó atrás, de pie, en actitud reverente, contemplando aquel grupo bellísimo, que no ideara el artista más inspirado sin robarlo á la propia Naturaleza. ¡Y aquella voz con que la graciosa criatura dijo, «¡mamá!» Tenía inflexiones nuevas para él, matices desconocidos, de una música humana incopiable. Todas las delicadezas del mimo uníanse en la exclamación á todas las gracias de la ternura; diríase que en cada letra se combinaba una serie de sonidos, para dar en el eco total no sé qué poema de amor.

—Esta niña... ¿qué es esta niña? — repitió Jorge en su pensamiento mudo.

Levantándose María Ana y besando con ósculo estrepitoso á su madre en la frente, añadió:

—Este señor ha sido mi compañero en el viaje, desde la estación de Oliva... Me ha atendido, me ha cuidado... un hermano no habría hecho más por mí... Ya te contaré, no te alarmes. Gracias á él no me ocurrió una desgracia; tiene el corazón valiente, ¡y unas fuerzas! Me quisieron robar... ya te contaré, ya te contaré... El señor iba á Veldehumbroso, pero ha cortado su camino, por gusto de conocerte, de saludarte...

Y volviendo la mona cabecita, dijo:

—¿Ve usted, don Jorge, ¿qué madre tengo más rica, más santa, más hermosa? ¿Quién lo diría á sus años, verdad? ¡Y la pobre no puede moverse!

Levia se adelantó, sobrecogido de extraña emoción, hincó la rodilla, como si fuese á rendir pleito homenaje á su reina y señora, y estampó sus labios en la mano huesosa, rígida, que colgaba al extremo de uno de los brazos del sillón. La vieja le contemplaba muda, con expresión curiosa, con mirada persistente, tenaz.

—¿Ve usted, mamá, qué galán, qué caballero? Pues así me ha tratado durante toda esta larga noche, colmándome de atenciones, abrigándome para defenderme del frío, arrullándome como si fuera yo una chiquilla, para que no tuviese miedo... Ya le contaré...

La pobre parálitica seguía mirándole, mirándole...

—Señora, tiene usted una hija...

Interrumpió la anciana á Levia:

—Yo le conozco á usted.

—¿Cómo? ¿Le conoces, mamá? — gritó María Ana con alegría pueril.

—¿A mí? ¿De veras? — preguntó Jorge sorprendido. — Pues francamente, no recuerdo... es la primera vez que tengo la honra de saludarla.

—Sí, sí, esa cara... esa cara... Pero más sombría, como si estuviera usted enfermo.

—Puede que le confundas con otro, mamá.

—Si dijera usted donde recuerda haberme visto...

—Oh, no sé, en este momento no sé... mis facultades se van debilitando, casi no tengo memoria... Estoy muy mala, muy mala...

—¡Mamá!

¡Otra vez la palabra sublime, armoniosa, dulce, y más... más suya! Parecía á Jorge oír á un sér desconocido, oculto á sus ojos.

—Sólo sé ahora que ha producido en mi alma su presencia no sé qué rara impresión. Nada, yo le conozco á usted. En fin, caballero, le doy á usted gracias por las atenciones dispensadas á mi hija, y sea usted bien venido á esta humilde casa, si no viene con usted el Mal.

Jorge frunció el ceño, y no pudo reprimir un movimiento de involuntaria contrariedad; como si le hubiese herido una espina, como si le hubiesen dado tortura en el corazón.

—Si usted cree eso señora, le prometo...

—¡Oh, nó; nó se ofenda usted. Hice mal en decirle lo que he dicho... perdone, ya sabe que los viejos somos así, tan raros.

—Nó, es que no me extraña; yo soy, señora, Jorge Levia, un hombre que ha sufrido mu-

chos sinsabores y muchas pesadumbres en este mundo; que conoce al Mal, como no le conoce otro sér, porque con él riñó batallas terribles; que ama á todas las criaturas, y no quiere hacerles daño, y no obstante ..

—Y no obstante su paso deja huellas dolorosas.

Esta exclamación de la vieja hizo que reinara en aquel cuadro un silencio solemne, angustioso. Cortólo María Ana arrojándose otra vez en brazos de su madre y gimiendo:

—¡Oh, mamá, mamá!

Al mismo tiempo decía la infeliz mujer:

—Si, si, le conozco á usted Jorge.

J. F. LUJAN



Quise al mirarla así en los labios rojos
un ósculo imprimir apasionado,

mas tuve miedo, porque vi pasmado
que hay mujeres que matan con los ojos.



Micheline.

Ogerau.



Chavita.

Reulinger.

Remedos de estilo

(EL DE LUIS TABOADA) (1)

—No lo dudes — le decía doña Fulgencia á su esposo — la niña tiene grandes condiciones para el arte escénico.

—No seas tonta, mujer, no seas tonta; ¿no ves que ni leer sabe?

—¿Qué importa? Lo menos te figuras tú que se necesita saber eso para trabajar en el teatro.

—Pues... ¿cómo aprenderá los papeles?

—¡Qué tontería! Si tuviesen que aprendérselos, ¿para qué querían el apuntador?

—¡Puede que tengas razón...!

—Ya lo creo, hombre, ya lo creo, lo que es que tú, desde que te dieron la cesantía, no tienes cabeza más que para morderte las uñas y rascarle los sabañones á la portera. La niña tiene grandes facultades para tiple dramática. ¿No te fijas en los arranques? ¡Había que verla ayer cuando te reprendió porque *te le* habías fumado el aserrín del acerico!

—¡Oh, sí! Se puso de un modo, que casi me recordó tus buenos tiempos.

—Pues para todo es igual. Hasta para llamar al aguador hincha los carrillos y se mesa los cabellos.

—Nada, pues si quieres la *meteremos* en el teatro. Yo cuidaré de buscar recomendaciones, por más que en cuanto le diga á cualquier empresario, que una vez le corté un callo á Olona, me parece que

bastará para que vea que tengo influencia con la gente de tablas.

—Bueno, pero primero convendría que algún inteligente probase á la niña.

—Nadie mejor que el chico de las de Divieso, que toca divinamente el acordeón. La otra noche ejecutó un pasaje dramático en casa de la Berruguete, y calcula qué efecto produciría que nadie quiso probar las pastas.

—Pues causaría un efecto magnífico.

—Sobre todo para la de Berruguete.

—*Apúntate* á ese chico para cuando volvamos á dar reuniones; por más que si viene á probar á la niña y á darle alguna que otra lección, pronto será como de la familia.

—De eso te respondo.

—Pues á ver si te mueves un poco, porque la niña es nuestro porvenir.

Al día siguiente el padre de la futura tiple fué á su casa, acompañado de Divieso.



Seriedad.

(1) Este artículo volverá á publicar-se el año próximo por estas fechas.

El joven acordeón fué muy bien recibido, y después de los correspondientes saludos, le dijo doña Fulgencia:

—Amigo Divieso, tanto mi esposo como yo estamos en la creencia de que la niña nos ha *salido* tiple, y si usted quisiese hacer el favor de probarla...

—Ya lo creo. Con mucho gusto. Vamos á ver, señorita... ¿cómo?

—Eufasia, para servir á usted.

—Muchas gracias. ¿Qué quiere usted que le toque? ¿*Los Cocineros*?

—Yo soy del género dramático.

—Sí, tóquela usted el *Don Juan Tenorio*.

—Mamá ¡por Dios! el *Tenorio* no tiene música. Hágame el obsequio de tocar *El salto del pasiego*.

—Bueno. Recomiendo á usted Eufasia, mucha atención y á ustedes el mayor silencio posible.

—Tú, Leonardo, siéntate en el aparato del gas y yo me envolveré los pies en una manta, para no meter ruido, si tengo que ir á abrir la puerta.

—Mujer, el aparato no puede aguantar mi peso.

—Pues pon los pies en el cubo de la cocina, y así no te menearás.

Don Leonardo obedeció á su cara mitad, y empezó el ensayo.

Cuando acababan la romanza, llamaron á la puerta varios vecinos, quienes alarmados por los chillidos, acudían á casa de doña Fulgencia, decididos á prestar sus servicios.

—Pasen, pasen ustedes. Estamos en el comedor. La niña nos ha salido tiple dramática.

Don Leonardo quiso levantarse para recibir á los visitantes, pero no se acordó de que el cubo le retenía, y fué á caer de bruces sobre Divieso, á quien estropeó el instrumento.

Este suceso salvó á los vecinos, de oír nuevamente y de más cerca, á la futura estrella.

Gracias á muchas recomendaciones, y á que el padre ha dado un sin número de latas al director de orquesta, y le ha convidado varias veces á calamares en tinta (que son su debilidad) la niña ha entrado á formar parte de una compañía, en calidad de partiquina.

Hasta ahora sólo ha trabajado en una obra, donde su papel se reduce á apagar una bujía y retirarse por el foro, pero la madre dice á las vecinas que, según el maestro pronto les echará la pata á las primeras tiples, y que su niña cobra más que las otras de su clase.

Esto, como ustedes comprenderán es mentira; lo que pasa es que trabaja gratis y encima se paga el alumbrado del cuarto.

¡Cuántas *figuras* como ésta pisan nuestros escenarios! Lo malo es que algunas de estas niñas, teniendo condiciones, se malogran, por culpa de sus padres, quienes, adulándolas, les hacen despreciar el estudio. Vosotras, ¡oh niñas! que sentís en vuestro pecho, el divino fuego del arte, y odiáis con toda el alma el del fogón, emprended la huelga de hijos, si quereís ser algo en vuestra carrera.

F. CUENCA PI



Después del triunfo.



A la señorita G. Morosini.

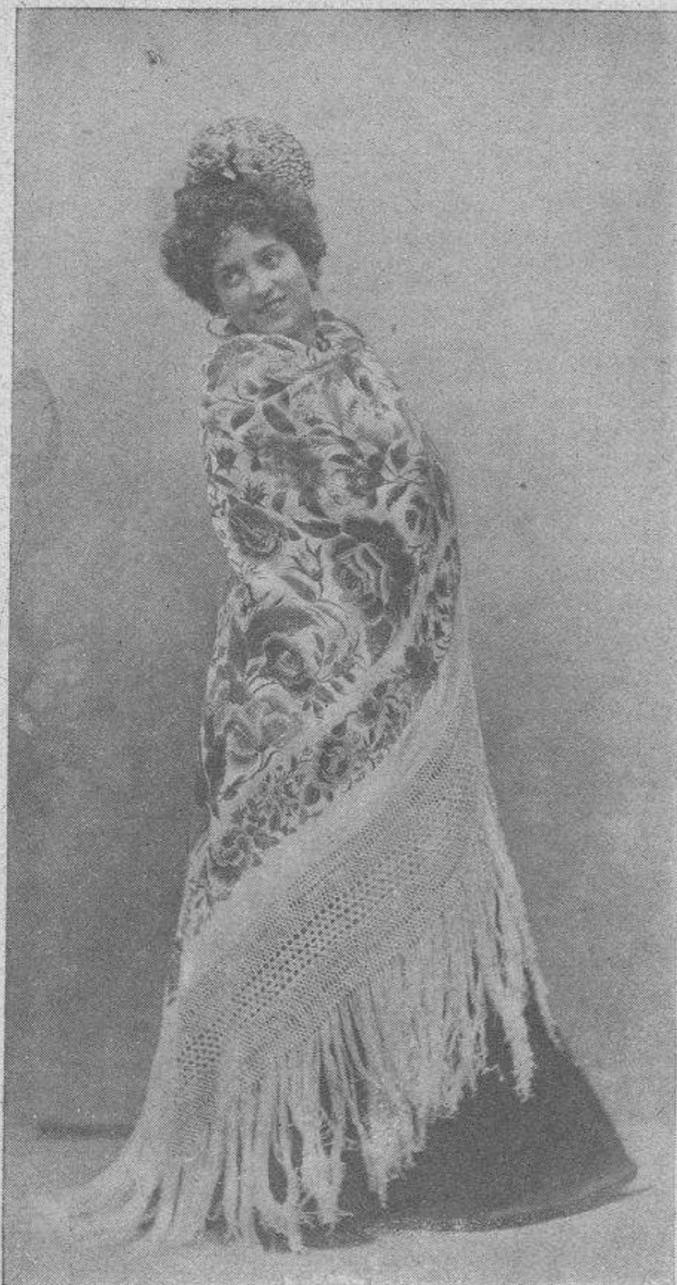
El buen San Pedro en la gloria
un día se fastidiaba,
porque no tenía asunto
que distraerle lograra,
y perdía hora tras hora
sin decir una palabra.

— Pedro, di — ¿qué te sucede?
el Señor le preguntaba,
y replicó: — Padre mío
que me muero de añoranza;
no se ve aquí nada nuevo
que divierta ó que distraiga.
— ¿Has mirado hoy á la tierra?
— No, Señor; porque me cansa.

— ¡Ay, Señor, ved qué mujer!
¡vaya un manojo de gracial
¡con ese mantón, capullo
que se está abriendo en la mata!
¡No he visto virgen más linda
en ningún altar de plata!...
— ¿La conoces?

— La conozco.
— Pues yo quiero contemplarla...
... ¿Es española? — No padre,
dícenme que es italiana...
— Lo dudo; ¡porque esas flores
sólo han brotado en España!...

MORENO



Cañitas

I

Al juzgarte tengo en cuenta
lo que no tendría nadie.
¡Tú eres digna de perdón
que te abandonó tú madre...!

II

No cojas las florecillas
que en los ribazos están,
que flor que viene á la mano
poquito valor tendrá...

III

Náufrago de mis pasiones
de mi voluntad me olvido,
donde me dejes, me quedo
á merced de tu cariño...

IV

No hay nada como el desprecio
para probar las mujeres,
la que resiste la prueba
puedes jurar que te quiere...

V

Una cadena de flores
dicen que es el matrimonio;
de flores será formada,
pero se marchita pronto...

J. ENRIQUE DOTRES



Giselda Morosini.

¿Lo digo?

En sitio escondido
de mi corazón:
á donde no llegan
suspiros de amor
ni penas, ni dichas,
(porque dueño soy
de mis sentimientos,
claros como el sol,
y el halago burlan
del mundo traidor)
ni vanas quimeras,
ni grata ilusión,
dó no mora nadie,
dó el que mora es *yo*;
un nombre conservo
que cual otro Dios,
mitiga mis penas,
amengua el dolor,
aumenta mis goces
y va donde voy.
¿De quién es el nombre?
¿Lo digo?... Nó, nó;
que siga escondido
en mi corazón.

CARLOS RIA-BAJA

Amalia Bourman, *Soprano*.

Parece mentira

¿Conque olvidastes ya la tarde aquella
que juntitos los dos,
dábamos un paseo por el monte?
¡Pues bien me acuerdo yo!
Tú llevabas un traje medio blanco,
en el pecho una flor,
el cabello en desorden, y la cara,
más bonita que el sol.
Yo á tu lado, contándote sandeces
y lleno de emoción,
caminaba mirando no sé dónde
hasta que en un tocón...
di un trapiés, que por poco me hago polvo,
y el cuento allí acabó:
mas no digo que aquí, porque de sobra,
lo conoce el lector.

LUIS E. LÓPEZ DE HARO

En *L' Ebreca*.

Paz á los muertos

Es lo menos que se les debe y lo que más se les regatea.

No me refiero al famoso y repugnante *sistema egipcio*, que consiste en dirigir á un cadáver todavía caliente una porción de desvergüenzas que no se le hubieran dicho en vida, por miedo á un puntapie de mayor cuantía. El tal sistema tiene, por fortuna, pocos partidarios en esta noble tierra de España. Hablo de lo que solemos hacer á diario el común de las gentes, y en especial de la conducta que observamos en días señalados, como el primero y el dos de Noviembre.

La conmemoración de los fieles difuntos fué instituída por la Iglesia teniendo sin duda en cuenta la fragilidad de la memoria humana. Establecióse un día al año para recordar á los que nos dieron el sér, á nuestros hijos, prematuramente arrancados al cariño paternal, á la tierna esposa, al fiel marido, á los parientes, á los bienhechores, á los amigos que nos han precedido en la tumba... La fúnebre fiesta parece que debería ser de un carácter poético, religioso, á la vez sencillo y conmovedor. Un afectuoso recuerdo, una

oración y una lágrima: he aquí lo que de nosotros tienen derecho á esperar nuestros difuntos, he aquí lo que tenemos el deber de darles. ¿Cómo cumplimos este deber? Pues como los cumplimos todos: de la peor manera posible. Llegan los días tradicionales, las fiestas de Todos los Santos y de las Animas, y nos atracamos de castañas, buñuelos de viento y de panecillos, á los que se añade, por lo general, algún otro extraordinario en la comida, de tal manera que no parece sinó que nuestro propósito es el de morir de una indigestión para convertirnos de conmemorantes en conmemorados. Luego, bajo el frívolo pretexto de que es tan tradicional como los panecillos y buñuelos, el estreno de ropa de invierno, nos ponemos de veinticinco alfileres, si el sastre ó la modista han cumplido como buenos, ó nos ponemos de un humor de veinticinco mil demonios si nos han dejado sin el ansiado terno ó sin la suspirada falda con ó sin *plisés*, de campana ó de cascabel, y el elegante cuerpo, de forma torera, abrochada ó de jockey estropeado. En este último caso, nos quedamos renegando en nuestro domicilio; y no pudiendo lucir entre los vivos, renunciamos á visitar á los muertos; en el primero, salimos de punta en blanco y, si en la población hay varios cementerios, nos dirigimos, no á aquel donde descansa algún sér para nosotros querido ó que debería serlo, sinó al que presumimos ha de estar más concurrido. Y entre dar un agradable paseo, charlar con las personas conocidas, procurar exhibirnos lo más posible y fijar una distraída mirada en las tumbas artísticas y en los epitafios y coronas de los nichos, se pasa la tarde y volvemos á nuestro hogar con la satisfacción del deber cumplido... y con el apetito suficiente para dar fin con los tradicionales é indigestos manjares, que forman la cena ó la *castañada*, según el país ó las particulares costumbres de cada *quisque*.

Pues bien, esto que es lo corriente, me ha parecido siempre á mí una semiprofanación por no decir una profanación sin semi, por cuyo motivo me he abstenido de visitar los cementerios *en días de moda*, y perdonéme la frase.

No pensé, pues, el día primero de Noviembre de hace tres años, en efectuar tal visita; además, en virtud de circunstancias que no hay para qué consignar, me precisaba aquel día ver á mi amigo Antonio, muchacho muy apreciable y que aun lo hubiera sido más, si no hubiese preferido á todos los textos habidos y por haber, el libro de las cuarenta hojas.

Fuí en su busca á la casa de huéspedes donde vivía y me contestaron:

—No está y es muy posible que no vuelva hasta la noche.

—¿Ha ido acaso á visitar los cementerios? — pregunté.

La patrona se echó á reír.

—¡Buenos cementerios nos dé Dios! — repuso. — Si quiere usted encontrarle, búsquele en la timba de la calle de Jardines, ó en el Círculo Extranjero, ó en la calle de la Victoria... Estará echando á perder las orejas al pobre Jorge.

—¿De modo que continúa con sus aficiones?

—¡Más que nunca! Seguramente, cuando vuelva será á última hora...

—Pues voy á ver si tropiezo con él, porque me urge hablarle. ¡Que usted lo pase bien!

—Adiós... y buena suerte.

La tuve, en efecto, ya que tropecé con mi amigo en la primera timba donde penetré.

Estaba completamente absorto en el juego; no quise interrumpirle y me puse á observar los tipos que en torno del tapete verde se apiñaban.

Renuncio á su descripción, que no hace al caso y me limitaré á referir un incidente de que fuí presencial testigo.

Mi amigo Antonio hizo una postura de cinco duros y, fatigado sin duda por largas noches de



Evitando el frío.

insomnio, inclinó la cabeza sobre la mesa y, al parecer, se quedó dormido.

Ganó, y el banquero puso cien reales sobre los ciento de la postura que, por algunos instantes, nadie se cuidó de retirar.

Pero he aquí que, de pronto, una mano escuálida, semejante á las garras de un ave de rapiña, adelantase por encima de la cabeza de mi amigo y se apodera de las cincuenta pesetas.

Disponíame yo á intervenir, pero no fué necesario.

Como movido por un resorte, se levantó mi amigo, con una mano arrancó el dinero de la del

substractor y con la otra le dió un descomunal puñetazo, exclamando:

— ¡Paz á los muertos!

Aquello fué la señal de una sarracina de mil demonios, pues los demás jugadores tomaron partido ya por uno, ya por otro de ambos contendientes; y yo, temiendo la probable llegada de la policía, salí de allí á escape, sin haber podido hablar con Antonio y pensando:

— ¡Vean ustedes adonde han venido á refugiarse las buenas máximas!

BLAS QUITO



Emelen.

Reutlinger

Era el día de su santo y la noche anterior había hecho grandes proyectos: hizo su programa; un programa delicioso, nota de luz y de alegría, capaz de sacar á un alma de penas. ¡Lo que se iba á divertir!

Se despertó dos horas antes de la acostumbrada; los nervios no le dejaron dormir. Esperaba la llegada del correo y no era cosa de recibir las cartas que llegarían metido en la cama, con la estupidez de la somnolencia. Quería enterarse bien de todo; saborear emocionado las frases cariñosas que le dirigiría su familia y esperar la visita de los amigos, perfectamente despierto.

Pasó la mañana hojeando periódicos y revistas, distraído y alegre, sin enterarse apenas de lo que leía. Corrieron las horas velozmente, como corren cuando la dicha nos sonríe y el porvenir es semejante á la aurora de espléndido día de primavera...

El cartero no llegó; las cartas que debieron escribirse no se escribieron, indudablemente, y Pepito empezó á ponerse triste. Esperando, esperando, llegó la hora de la comida sin que nadie llamase á la puerta de su casa. Parecía que todos le habían olvidado, y al sentarse á la mesa solo, completamente solo, sintió suprema angustia.

Aquello era increíble: olvidarle á él, cuando quería tan entrañablemente y se desvivía por todo el mundo.

Comió maquinalmente el primer plato que le presentó la mujer que le cuidaba; pero á ésta se le ocurrió hablar...

—Que Dios quiera — dijo — que los pase usted muy felices, y que sea para muchos años.

Esto fué bastante para que la aflicción, contenida largo rato, estallase en dolorosa explosión de llanto. Tuvo que encerrarse en su cuarto, abatido, sin fuerzas, tambaleándose como el que ha recibido una puñalada y le falta sangre en el cuerpo.

Largo rato estuvo sumido en dolorosa meditación, y al fin, algo pasada la nube, salió á la calle en busca del bullicio que atolondra.

Gran parte de la tarde estuvo como loco, al lado de los últimos restos de su amistad:

cuatro amigos, jóvenes como él.

Al anoecer se dirigió á la casita en que le esperaban todos los días y donde le recibían con extremos de cariño. Hubo un momento en que lo olvidó todo, todo; y si al entrar allí sintió que las lágrimas sostenían lucha inmensa con la voluntad queriendo salir á borbotones, al salir se sintió el sér más feliz de la tierra.

Cuánto bien le había hecho Petrilla, cuando al saber que había pasado el día triste, le dijo:

—Todos te han abandonado; pero estoy yo aquí, deseosa de que tus penas pasen á mi pecho y le destrocen antes de tocar la fibra menos sensible del tuyo. Hoy, que estás triste, te podré decir sin vacilaciones, sin ambages de ningún género, que mi alma te pertenece por entero. Mis ojos te lo habían dicho muchas veces, pero ahora lo repito, por si no lo has sabido leer, en voz baja, muy cerquita de ti, para que no se entere de esta confesión nadie más que tu alma y la mía.

Pepe no supo qué contestar. Era novio de Petrilla por entretenimiento, y de sopetón se le entraba en el pecho un amor profundo, imperecedero. A mieles le habían sabido las palabras de la muchacha, y por nada del mundo hubiese cambiado aquel momento de dicha suprema, hasta entonces desconocida.

Entre sus manos tenía las de la enamorada niña y las apretaba convulsivamente, como si hubiera querido que se mezclase la sangre de los dos, quedando confundida en una; se acercaron el uno al otro sin darse cuenta de lo que hacían, y uniendo los labios, se dieron un beso largo, muy largo.

Petrilla se alejó de él vivamente, avergonzada,



— No diréis que no nos divertimos.

con la vista fija en el suelo, jugando confusa con los flecos de su chal, entrelazando sus rosados dedos en ellos.

—¿Por qué hu-yes?— balbuceó él emocionado.

—No sé... ¡Si nos hubieran visto! Y luego, ¡me has hecho un daño tan agradable al besarme de esa manera...!

—Ven, ven, charlemos; tengo ganas de hablar mucho, mucho; quiero dar suelta al torrente de ideas que llena mi cerebro y desea ver la luz; mi alma necesita comunicación; mi corazón, templado esta mañana, ha sentido durante el día el frío de la muerte; durante un momento he creído que me habían arrancado uno de los elementos más indispensables para la vida, y ahora que siento calor en el alma, tengo necesidad de estar cerca de ti, muy cerca, sentir tus caricias y acariarte sin tasa.

Volvió á acercarse Petrilla á Pepe y á ocupar el asiento de antes.

Y volvieron á enlazarse las manos, y volvió la muchacha á hablar, y uno y otro á hacer proyectos para lo porvenir, empezando por trazarse un plan de conducta para lo sucesivo.

Pepe dijo que quería acabar cuanto antes: estaba ya cansado de vivir solo, completamente solo, sin que nadie se interesase por él. Hasta aquel día no había comprendido lo mucho que valía Petra y lo á gusto que vivirían el uno para el otro, sin separarse hasta la muerte.

En la vida tuvo él una cena más feliz que la de aquella noche, y no recordaba haber recibido mayor alegría. Petrilla encontró todo aquello delicioso y sentía arder su joven sangre dentro de su pecho...

Cuando Pepe salió á la calle le pareció el cielo más azul y más brillantes las estrellas. Al llegar á su casa y acercarse á la mesa para encender la luz, se encontró con cinco ó seis cartas, entre ellas la de su familia, tan echada de menos por la mañana. Y esto, unido al amor á que había despertado su alma, prisionera ya del tirano sublime que todo lo puede, fué la última gota de miel que necesitaba para ser dichoso.

—¡Qué feliz soy! — murmuró al meterse en la cama. — Esta mañana creí que mi alma había muerto para siempre, y ahora... ahora ha resucitado.



Jane Hading.

Reutlinger.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



Ha sido nombrado académico Jacinto Octavio Picón.

Ahora sí que hay que aplaudir á la Academia.
Es una buena obra.



Por ciertas cosas del día
tocaban á generala,
y á un miliciano Pascuala:
—Armame pronto, decía.
—Mi calma no te dé asombro,
le contestó el muy taimado;
pues al hallarme á tu lado,
siempre estoy armas al hombro.



—¿Qué oficio tiene usted? preguntaba un juez á un hombre que se hallaba encausado por robo.

—Ladrón, señor, contestó el reo.

—No es eso, replicó el juez creyendo que no le había comprendido la pregunta. Digo, repuso, que cuál es la profesión de usted; la que le proporcionaba el sustento diario.

—La de ladrón, señor contestó nuevamente el interrogado.

—¡Mal oficio! dijo el juez arqueando severamente las cejas.

—¿Malo? cá, no señor. Si ustedes nos dejaran trabajar, no habría ninguno más lucrativo.



CHARADAS

I

En la guerra, *prima tres*;
en el niño, *dos segunda*;
en la *cuarta*, agua se ve
y *todo*, en verano abunda.

J. CANO DE SOLA.

II

Segunda tres el de Olvera
trajo un *prima tres* de Argel
que lleva siempre con él
cuando va al *un dos tercera*.

V. ARCE Y M. PÉREZ.



Charadístico

- 1.^a 4.^a — Adjetivo.
 - 2.^a 4.^a — Nombre de varón.
 - 3.^a 4.^a — Arbol.
 - 4.^a 4.^a — Numeral.
- Todo.* — De Filipinas.

M. ESCRÍJANES.



Problema aritmético

```

* * *
* * *
* * *
    
```

Substituir las estrellitas por números, de modo que, sumados en líneas horizontales y verticales, den por resultado igual suma y el producto de los extremos de la diagonal de izquierda á derecha y de abajo arriba, sea la suma de todas ellas.

LATICAS.



Logogrifo acróstico

- | | | | | |
|---|---|---|---|----------------------------|
| 1 | 4 | 7 | 9 | — Actor. |
| 2 | 3 | 8 | 3 | — Deidad egipcia. |
| 3 | 6 | 0 | 3 | — Villa catalana. |
| 4 | 0 | 7 | 6 | — Raza americana. |
| 5 | 8 | 5 | 9 | — Emperador romano. |
| 6 | 3 | 0 | 9 | — Cuadrúpedo. |
| 7 | 9 | 2 | 0 | — Sport. |
| 8 | 9 | 5 | 6 | — Letra griega. |
| 9 | 3 | 7 | 6 | — Antigua ciudad española. |
| 0 | 6 | 0 | 6 | — Novela. |

Y acrósticamente resultará un nombre de mujer.

V. ARCE Y M. PÉREZ.



Jeroglífico comprimido

S a d a

A

PEDRO N. ARROYO.



Apellidos homólogos

- | | |
|-------------------|---------------------|
| Peregrino. | — Arboleda. |
| Planta. | — Desgarradura. |
| Animal. | — Fortaleza. |
| Hospedería. | — Mujer de artista. |
| Parentesco. | — Arroyo. |
| Naturaleza. | — Rebosar. |
| Naturaleza. | — Rey godo. |
| Cazador. | — En geografía. |
| En los testáceos. | — Cargo. |

Substituir los anteriores vocablos, por otros, para que expresen los apellidos de hombres políticos españoles.

IGNACIO CANAS.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Casiopea.

CRUZ DE MONTESA. —

A	L	A				
M	A	R				
A	M	I	S	T	A	D
L	A	S	A	E	T	A
A	R	T	E	S	O	N
A	T	O				
D	A	N				

LOGOGRIFO NUMÉRICO. — Galeno.

METAPLASMO EN SALTO DE CABALLO. — Con una ciudad española, formar el apellido de un político militante. Sevilla. — Silvela.

TRIÁNGULO. —

M	A	R	I	A
A	Z	O	R	
R	O	N		
I	R			
A				

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Antepalco.

Correspondencia

N. S. S. —Nó, hombre, nó; ¿cómo se les ha de decir á ustedes que nó? me parece que la negación es bien rotunda. En absoluto nó. ¡Nooo... NÓ!

M. P. S. — Están bien, por lo menos hasta cierto punto, bien; pero... no mande usted aquí lo que ha enviado á otros semanarios.

R. N. M. — Diga usted ¿ no le parece que es demasiado fervor el que usted emplea en figurarse que ella «estaba orando con fervor» y «con fervor estaba ella rezando», todo en el espacio de cinco líneas? Así me explico que entrase usted en la iglesia, justamente cuando ella estaba postrada de hinojos; que se figurara usted que rezaba por su puro cariño, y que se desvaneciese pronto su gran *herror*, así con h. (un error como el de usted no puede escribirse de otro modo.)

Cuando vi que decía suspirando,
¡Oh Dios mio, nó té hagas él sordo
ház qué pór Navidad mé toque él Gordol

Pues y de los acentos que usted usa, ¿qué me dice usted, amigo? ¿Es usted de los que no creen en la ortografía de la Academia?

Otra cosa que se me figura que tiene gracia:

Vete dé mi lado *impúra*
nó mé vengas á *tentár*
nó tienes *podér criatúra*
para hacerme *há* mi *pecár*.

¡Adiós, tú, San Antoni!
El español. — Muy bien.
S. N. — Idilio ¡Y qué idilio!

La virgen cantaba
y yo la miraba;
y ella se reía
y yo sonreía:

Muy interesante ese cuadro: sólo falta en él la figura del Niño.

T. L. P. — Un fragmento de su *Novela*:

«Exclamó Luisa asustada é inspirada como una vestal, dirigiéndose á Pepe: los montes se desploman; las casas se desploman, el mundo se desploma» ¡Cáspital ¡y cómo pudo hablar la heroína, si se desplomaba todo lo desplomable sobre su cabeza? ¡Ay, yo creo que si le cae encima, no una casa, sinó una teja solamente no tiene alientos Luisa para hablar con semejantes bríos!

M. N. Z. — No estan mal, pero son muy vulgares.

R. de la S. R. — ¡Qué lástima, querido! En la composición hay notas discretas, pensamientos brillantes. A ratos versifica usted con soltura, y otras veces parece que tiene usted muy duro el oído ó que tiene á gala burlarse del ritmo y de la prosodia. Si estudiara, creo que escribiría usted versos inspirados. Fíjese en lo que sigue y que tomo al azar:

He visto entornados tus ojos, niña mía:
apagados y tristes parecían,
como el sol que se oculta tras los montes
para encender otros horizontes.

El primer verso es largo, y además es de esos versos que suenan bien en los oídos mal educados, torpes; parece endecasílabo y no lo es; ¡como que cuenta, bien contadas, trece sílabas! El último es corto; no pasa de diez. En cambio, el segundo y el tercero están bien medidos, bien acentuados y no carecen de entonación. *Parecían* no es consonante de *mía*; sinó por abuso extremadamente licencioso. Y ni aun así, según mi gusto. De *entornados* á *apagados*, hay tan corta distancia que roban energía y virilidad á la expresión poética. Me permito variar los versos conservando la idea, para que usted juzgue por el ejemplo:

¡Qué bien están tus ojos entornados:
parece que se apagan,
como se apaga el sol en occidente,
para encenderse en ascuas,

y alumbrar otro mundo que despierta
detrás de las montañas.

También en ese arreglo hay varias faltas; para ver si le sirve de estímulo mi advertencia, y estudia usted, no las cito; conteste señalándolas, é indicando la reforma más aceptable.

El comiquín. — Oportunamente se le contestó. Si usted no lee LA SAETA, no es mía la culpa. Sirve un comprimido.

Y. S. S. — Sobre que el asunto, no es ni asunto siquiera, incurre usted en tantas incorrecciones, que demuestra claramente cuán descuidado está el estudio en ese numen: ¿le parece á usted bien dicho esto:

pues que así da una lección
á todo bicho viviente
que le falte corazón?

Debió usted poner «á quien le falte». Y esas son cosas de la gramática, no de la poética. Claro que entonces tendríamos «á todo» y «á quien» dándose de puñetazos, y además un verso que no sería octosílabo; pero ya vé usted, los buenos poetas saben evitar semejantes tropezos y escribir con propiedad y corrección.

R. T. R. — Dice usted:

Es un color mi *segunda*
y es también color mi *prima*
y es un color la *tercera*...
— ¡Ay Jesús qué *droguería!*

A. A. L. — Á Lopez Silva no se le imita fácilmente, ni yo aconsejo á nadie que le imite. Los versos de usted lo prueban; póngase la mano en el corazón y dígame donde está el parecido.

Bobo. — «Soy un ignorante...»

Respeto los motivos que tenga usted para hacer tan rotunda afirmación.

S. M. U. — «¡Si seré pillín!»

Ella llamó, yo fuí á abrir,
y al abrir yo no miramos,
y al mirarnos nos hablamos,
y ella se creyó morir.

Me figuro el lance. Usted la sentaría sobre una silla; le haría aire con el abanico para ver si le pasaba el soponcio; llamaría á los vecinos... y la suerte que usted tuvo es que ninguno era agente de la autoridad. Si llega á serlo la carta esa la habría usted fechado en la cárcel.

E. S. — Muy flojo. — S. D. R. — Idem. — *Rinoceronte*. — ¡Uf, qué miedo! — E. S. L. — No. — T. O. Z. — No. — *Varij*. — No. — X. el M. — No. N6. N6... ¡Nóol!

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

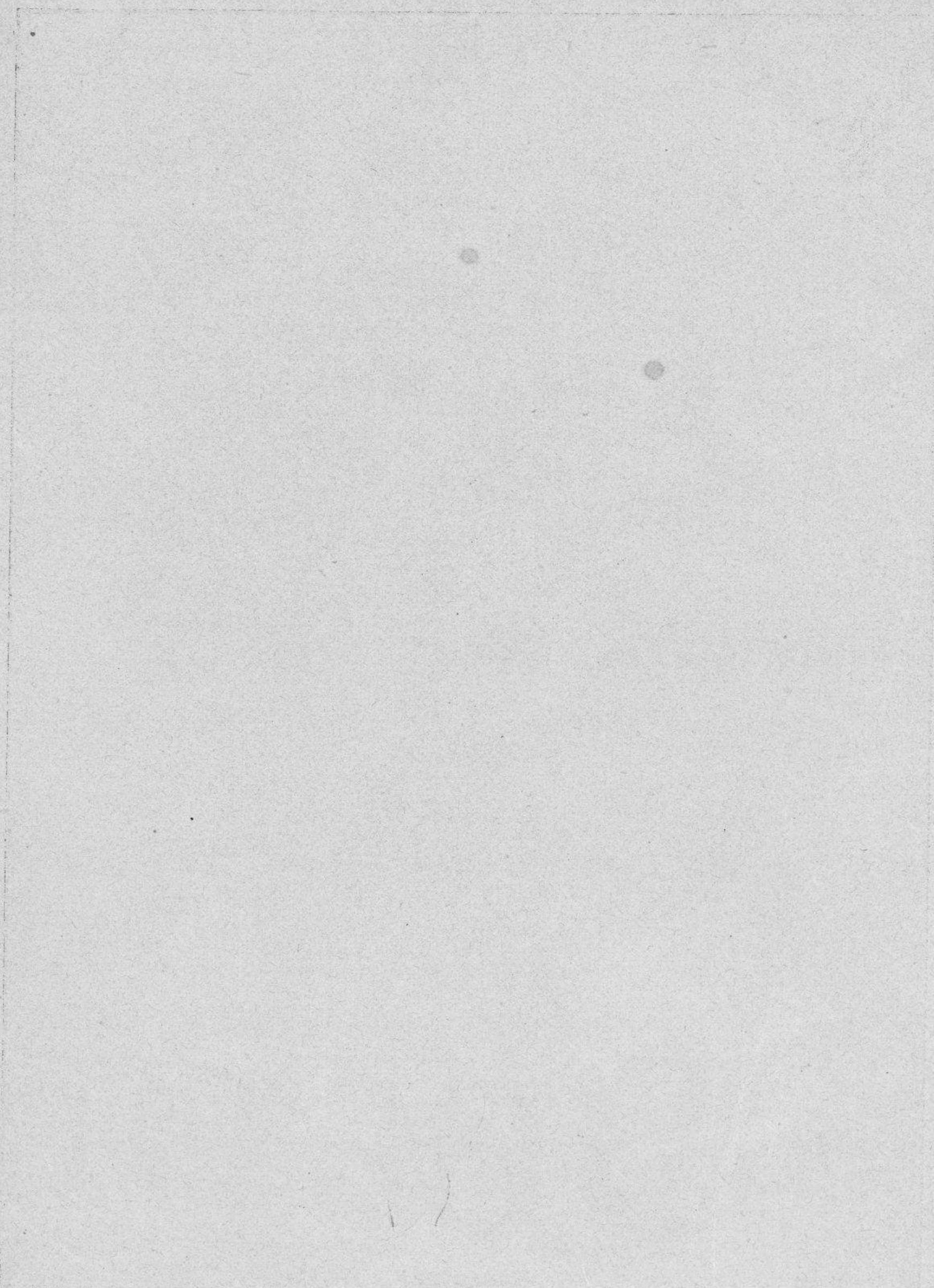
Establecimiento tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.





20 cénts.

Núm 468.



SECRET